3 1761 07803017 8

Romancero de Carlos Quinto

LS
B2714r

Luis Barreda

Romancero de Carlos Quinto

162434.
30.5.21.

MADRID
AÑO DE MCMXVIII

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

DEDICATORIA

A Su Majestad
el Rey Don Alfonso XIII.

SEÑOR:

Un respeto y amor inquebrantables a la Monarquía cuyo trono gloriosísimo tan noblemente ocupáis, muévenme a dedicaros este libro de romances.

En ellos pretendí cantar empresas del gran Carlos V, el monarca de quien sois digno émulo en el valor y en la inteligencia.

Como él amáis a España y sentís el redentor afán de verla enaltecida por cuantos países forman el orbe. Vuestras magníficas dotes de gobernante; vuestra ecuanimidad maravillosa y el conocimiento que poseéis del alma nacional, serán siempre motivos de acierto en la misión elevadísima que a Dios plugo encomendaros.

No desdeñéis, Señor, esta ofrenda, cordial si pobre, de un súbdito que por castellano de Santander — de la ciudad engrandecida por obra vuestra — os guarda la más fervorosa gratitud y mucho se honra en ponerse

A LOS REALES PIES DE V. M.,

Luis Barreda.

I

España en 1517

Está el monarca Fernando
en las sombras de la tumba;
doña Juana en Tordesillas,
sin sanar de su locura.

Físicos muy sabidores
a la egregia dama estudian;
para devolverle el juicio,
no hallan medicina alguna.

Que el martirio de los celos
años há su mente anubla,
y el placerse demasiado
en prolongadas lecturas.

Vacío mírase el trono,
decrecen las rentas públicas,
y en los castellanos pechos
rencores nacen y angustias.

Prolijas cavilaciones
al gran Cisneros abruman;
si espejo de gobernantes,
honor es de la cogulla.

Almas y libros conoce,
y sus virtudes son muchas,
mas reinan los tiempos duros
¡y es tan loca la fortuna!

Ya los mares de Cantabria
gallardo navío surca,
y un príncipe viene a bordo
que en Flandes lograra cuna.

¡Y a qué español bien nacido
no alarma y apesadumbra
tener un rey forastero,
si de clarísima alcurnia!

Nuestras leyes y costumbres
no emparejan con las suyas,
ni la fabla de Castilla
brota de sus labios pura.

Quizás bendiciones gane
si evita sangrientas luchas
y con parsimonia gasta,
y a los flamencos no encumbra.

Mas diz que obtendrán flamencos
los cargos de más altura,
y a ricos y pobres hiere
medida tan importuna.

Esperanzas y recelos
sostienen constante pugna,
y señores y villanos
aciagas horas vislumbran.

Si doña Isabel viviera...
¡Quién vió mujer más augusta!
Soberanas de su temple,
no debieran morir nunca.

II

La muerte de Cisneros

Vosotros, los nobles hijos
del ibérico solar,
anhelantes, no de lucro,
mas de cristiana equidad.

Vosotros, los amadores
del decoro nacional;
los versados en las artes
de la guerra y de la paz.

Cuantos jurásteis por Cristo,
rencor perenne al Islam,
con los bronces de la iglesia
llorad a un muerto, llorad.

No por escrúpulos vanos
pongáis diques al pesar,
que no fuera cobardía
ese llanto en vuestra faz.

Al encuentro de don Carlos
se adelanta el cardenal;
sobre negocios del reino,
habrán largo platicar.

Nieves de ochenta invernadas
Cisneros ha visto ya;
sólo diecisiete abriles
el magnífico alemán.

¡Quién sus coloquios oyese...!
¿Pueden acordes pensar
la juventud alocada
y la grave ancianidad?

Mas siempre lo no previsto
hace nulo todo plan:
emperador y regente
no han de avistarse jamás.

Al recinto de una villa,
cerca de insigne ciudad,
para el anciano glorioso
llega una carta imperial:

«Retiraos, eminencia,
idos presto a descansar,
que hartos días trabajarais
con agradecido afán.

Grandes servicios los vuestros:
Dios estimarlos sabrá;
yo adecuada recompensa
no encuentro en lo terrenal.»

En leyendo esta misiva,
sin habla viene a quedar;
en el lecho se desploma,
y no se levanta más.

Murió el sostén de la ciencia,
el franciscano ejemplar,
el director de milicias,
el consejero leal.

Aquel de infieles maldito
por excelso capitán,
fundador inolvidable
de las aulas de Alcalá.

Vestid luto, corazones,
que este duelo no es fugaz;
y al bendecir su memoria,
por nuestra patria llorad.

III

El César en Valladolid

Rey don Carlos, rey don Carlos:
por forastero y por joven,
la altiveza legendaria
de Castilla mal conoces.

A tierras meridionales
vienes del brumoso Norte,
y no atinas cómo sean
estos campos y estos hombres.

Fuego en las venas derrama
el fulgor de limpios soles,
y truécanse con presteza
los corderos en leones.

Con magna pompa llegaste
a Valladolid la noble;
tus altaneros vasallos,
¡cuán efusivos te acogen!

Caballero en ágil potro,
eres pasmo de garzones,
y hermosas damas celebran
lo señoril de tu porte.

Ricas telas de brocado,
plumas de vivos colores,
joyas, picas y estandartes,
pasan entre aclamaciones.

Y en la marcial resonancia
de clarines y atambores,
víctores dan con el pueblo
jueces, obispos y condes.

Mas no el júbilo te ciegue;
mesura tus ilusiones;
ya irás conociendo España
apenas llames a córtes.

Pronto verás cómo arguyen
insignes procuradores,
si a las demandas rotundas
con frase anbigua respondes.

¡Aun vive la reina loca,
y su herencia ya recoges!
Que eres príncipe, no rey,
pregonan solemnes voces.

IV

Las Primeras Cortes

Ya el hijo de doña Juana,
vése proclamado rey:
sólo falta que las cortes
le quieran reconocer.

Portavoz de las ciudades,
el diputado Zumel,
privilegios de Castilla
defiende con altivez.

No amenazas le contienen
de infatuado canciller,
que en su misión no desmaya
el ínclito burgalés.

Si Carlos reinar pretende
y ser de España sosten,
juramentos y promesas
al olvido nunca dé.

Sepa que en pró de estos reinos
habrá de tomar mujer,
por que a manos de españoles
el cetro vaya otra vez.

Hable siempre castellano,
que todos le entiendan bien,
y a los compatriotas suyos
jamás confiera poder.

Obligue a cumplir legados,
honores aumente al juez,
impida exportar el oro,
dilate el bosque montés.

Mas ya por él un capelo
consigue Adriano de Utrech,
y la sede toledana
un ambicioso doncel.

Si en Castilla el descontento
rápido vióse crecer,
no más júbilo rebosa
en el pueblo aragonés.

«Mientras doña Juana viva,
suyo el trono debe ser.»
Así Aragón ha pensado
y Cataluña también.

Y en tanto luchan las naves
mandadas por el virrey,
contra el pirata famoso
que se apodera de Argel,

triste nueva en Zaragoza
don Carlos ha de saber:
ha muerto su prometida,
hija del rival francés.

V

La herencia

De la remota Germania
profusas nuevas llegaron,
y es la más grave de todas
que finó el rey de romanos.

En los bélicos negocios
no siempre mostróse cauto,
mas al insigne difunto
lloran artistas y sabios.

De su paso por la tierra,
dejará brillante rastro;
con morirse, la discordia
sembró para luengos años.

Como el rey de los franceses,
heredarle quiere Carlos,
y otros menos poderosos
que el rey de España y el galo.

¡Malhaya tanta codicia!
¿A qué tal ansia de mando?
¿No fuera mejor acuerdo
consagrarse a lo alcanzado?

Vendrán con odiosas luchas,
estrecheces al erario,
y extenso río de sangre
quizás inunde los campos.

Llega el conde Palatino
del territorio germano
y el cetro de aquel imperio
ofrece al monarca austriaco.

Si gozoso el rey le empuña,
no se alegra el pueblo tanto,
y más que nuncio de bienes,
júzgalo suceso infausto;

que ya presiente regencias
de extranjeros cortesanos,
disturbios en las ciudades,
anatemas del Papado.

Contra el profundo consejo
de las cortes de Santiago,
a sus recientes dominios
partióse ya el soberano.

¿Sabe lo que allá le espera
ni cómo deja los ánimos?
Alumbra, oh Dios, sus jornadas
en viaje tan temerario.

VI

Agitaciones

Como tormentosas nubes
la zarca extensión del cielo,
el alma española invaden
sombríos presentimientos.

Ya en ausencia del monarca,
gobierna vil extranjero,
si de los nobles odiado,
mal quisto de los plebeyos.

Hombres de su misma raza,
logran fabuloso medro,
y en las alturas se ciernen
como una legión de cuervos.

Negras aves de rapiña,
enhoramala vinieron.
¡Quién no teme desventuras
donde se aparecen ellos!

Convulsión nunca sentida
propágase a todo el reino,
y algo late dondequiera,
inmensamente siniestro.

Y van todas las comarcas
unánimes presumiendo
que vivir siempre sumisas
porta luto y vilipendio.

Lucha Valencia la hermosa
por extinguir privilegios
y tórnanse camposantos
los ayer fragantes huertos.

Arenga Juan de Padilla
en memorable concejo,
y el obispo zamorano
huestes levanta de clérigos.

Y no sólo tan potente
hoguera de ardores bélicos
prende con rabiosa fuerza
en los masculinos pechos.

Esas mismas vengadoras
llamaradas del incendio,
en las hembras de Castilla
ponen sacrosanto fuego.

Entrar furiosas las mira
por su catedral Toledo:
alentándolas penetra
doña María Pacheco.

«Perdón, clama, Dios bendito,
si profanamos el templo,
y por salvar a la patria,
altares desguarnecemos.

No tu cólera nos hiera,
ni diputes sacrilegio
remediar con esta plata
tribulaciones de hambrientos.»

Llevando un niño en los brazos
al fuerte alcázar va luego:
escóltala dolorida
la muchedumbre en silencio.

La dama sabe la rota
de los jefes comuneros,
que de Villalar ha visto
regresar a los dispersos.

Orando estaba de hinojos
ante Jesús Nazareno;
al percibirlos prorrumpe:
«Decid si mi esposo ha muerto.»

«Pluguiera a Dios que así fuese,
—ha respondido un mancebo,—
que es el campo de batalla
muy honroso cementerio.

Don Juan de Padilla vive;
mas no vendrá; cayó preso;
¡y son tantos enemigos
los del noble caballero...!»

VII

Villalar

¡Cuán temprano en la pluviosa
mañana de primavera,
caballeros y peones
infértil planicie huellan!

Camino de Toro avanzan
al sonar de las trompetas,
y enarbolan retadores
las arrogantes banderas.

No los corceles galopan,
que siguen difícil senda,
y viento, llovizna y lodo,
llévanlos a marcha lenta.

Si a la victoria caminan,
nadie en verdad lo creyera,
maniobran descompasados,
como una grey mal dispuesta.

En siguiendo de tal guisa,
la rota será tremenda
si las huestes del monarca
disponen hábil sorpresa.

Padilla bien lo presiente,
y ordenar quiere sus fuerzas;
mas ay, que es tarde, muy tarde,
para corregir torpezas.

De pronto, fragor retumba
de cañoues y ballestas,
y puéblanse los espacios
de estampidos y humareda.

¡Caro pagan su impericia
los hombres de la revuelta!
¡Ya se miran arrollados!
¡Ya pávidos se dispersan!

Por que la enemiga gente
peor conocerlos pueda,
del pecho la roja insignia
quítanse muchos apriesa.

Acosan los imperiales
a mansalva en la pelea;
Padilla y sus escuderos,
bravos, épicos guerrean.

Tigres son en el ataque
y tigres en la defensa,
mas luchan abandonados
contra superiores fuerzas.

Juan de Ulloa, Juan de Ulloa:
¡a qué prócer no da mengua
herir con villano empuje
a quien ya rodó por tierra!

¿Por qué tu espada no rompes?
¿Debe ufanarse con ella
quien una vez esgrimiola
en tan bochornosa empresa?

Derribado y mal herido
Juan de Padilla se viera,
y entonces, ¡oh ruin hazaña!
blandirla supo tu diestra.

¡Ay del caudillo rebelde
que no triunfa en la pelea!
¡Adiós, patrias libertades,
antes que nacidas, muertas!

VIII

Las cartas de Padilla

A tí, luz del universo,
a tí, corona de España,
desde los días del godo
noblemente libertada;

a tí, que al verter tu sangre
y derramar sangre extraña,
te redimiste y contigo
a las vecinas comarcas;

a tí, ciudad de Toledo,
saber hago en esta carta
cómo el correr de mi sangre
refresca glorias pasadas.

Si mis hechos no avaloran
el libro de tus hazañas,
culpa fué del infortunio,
que nobles eran mis ansias.

Moriré con un consuelo:
que mi vida por tí acaba,
y alguien a quien diste cuna
habrá de intentar venganza.»

Tal Padilla en la mazmorra
despídese de su patria;
y en finando aquesta epístola,
esto le escribe a su dama:

«Señora: si no causase
vuestro pesar mi desgracia,
con morir por lo que muero,
¡cuán dichoso me juzgara!

Llorad vuestro amargo sino,
mas por mí no vertáis lágrimas;
siendo tan justa mi muerte,
nadie deberá llorarla.

Pues más bienes ya no tengo,
recibid, señora, el alma;
ninguna supo adoraros
con tal pasión y constancia.

Adiós, signar es preciso;
no digan lenguas villanas
que por alargar la vida,
voy alargando mi carta.»

IX

La ejecución

AMANECE; sus gorgeos
al aire dan las alondras;
mas ¡qué tríste la alborada
vino a deshacer las sombras!

Avecicas de los campos,
avecicas deleitosas:
hoy vuestras dulces canciones
brotar jocundas no logran.

Nadie a escucharos se para;
vuestra voz arrulladora,
en este día de luto,
es sarcasmo y acongoja.

Ya levantan carpinteros
un cadalso; ya se agolpa
en torno la muchedumbre,
más que dolida, curiosa.

Avanzan los sentenciados;
mulas enlutadas montan;
los auxilian sacerdotes
con pláticas fervorosas.

«Por traidores los degüellan»
de pronto una voz pregona,
y «Mientes, clama Juan Bravo,
y quien dijere tal cosa.»

Padilla, como escuchara
tales acentos de cólera,
así resignado advierte
al paladín de Segovia:

«Si ayer combatir supimos
a quien la patria deshonra,
vamos hoy como cristianos
a terminar nuestras horas.»

Maldonado el salmantino,
ha tiempo cerró su boca;
harto dijo de sus jueces
en el castillo de Ulloa.

Y en tanto el verdugo espera;
el hacha sañuda toma,
el hacha de agudo filo,
a segar tres cuellos pronta.

Ya en el tablado se miran
los reos; ya silenciosa
la multitud los contempla;
un clérigo los exhorta.

Viendo dispuesto al verdugo,
el buen Juan Bravo le implora:
«Antes que Padilla muera,
hazme bajar a la fosa.

Degüéllame, sí, primero;
no vea la postrer hora
del varón más portentoso
nacido en Castilla toda.»

Junto al tajo se arrodilla,
la cabeza en él apoya,
y presto exánime queda,
en las manos las argollas.

Y cuando al héroe Padilla
morir como a Bravo toca,
llenando va el alma suya
el recuerdo de su esposa;

y «Tomad, amigo mío,
—dice a Sandoval y Rojas—
llevad este relicario
a la mujer que me adora.»

Dos comuneros sus vidas
por el hacha llevan rotas:
Maldonado es el postrero
que tan ruda suerte logra.

Vasallo que al rey enoje,
no espere misericordia,
porque el César Carlos Quinto
nunca olvida ni perdona.

Su morada pondrá en ruinas,
su cabeza en la picota;
pobres vivirán sus hijos,
infamada su memoria.

X

Doña Isabel de Portugal

LINDA un reino con España
al occidental confín,
y una princesa eminente
mora en su palacio allí.

Recatada cuanto hermosa,
el ingenio muy sutil,
la fama de sus hechizos,
vuela por todo país.

Humillar suele al soberbio,
proteger al infeliz,
y adora la tierna música
de un bien rimado decir.

Brilla en cortesanas fiestas
como un sol en el cenit,
mas ella prefiere andarse
apartada en su jardín;

el retiro silencioso
al palaciego bullir,
y hollar las agrestes sendas
a pisar sobre tapiz.

¡Oh, quién besara sus labios,
sonora flor carmesí,
cuyo perfume no igualan
heliotropo ni jazmín!

Jardinera primorosa,
clavel de gayo matiz,
en sus flores se recrea
una mañana de abril.

Y una vieja mendicante,
amiga de predecir,
en la puerta se detiene
y a la hermosa dice así:

«Princesita, princesita,
la bondadosa y gentil,
hija y hermana de reyes,
conozco tu porvenir.

Si mecida fué tu infancia
en cuna de oro y marfil,
mayores magnificencias
guarda el cielo para tí.

En un trono has de sentarte,
rica joya, blanca lis,
y serás de medio mundo
la admirada emperatriz.

Con el César de estos días
solios vas a compartir;
y han de reputarte suya
Toledo y Valladolid.»

Sonrió doña Isabela,
que es hembra y hermosa al fin,
y avivan tales augurios
su esperanza juvenil.

Ya sola, piensa en los dichos
de la anciana zahorí;
en la noche de aquel día,
trata en vano de dormir.

XI

Los rivales

HAY en Europa tres reyes
ambiciosos cuanto ricos,
guerreros cuanto sagaces,
tan fuertes como temidos.

Son magníficos señores,
amos de inmensos dominios,
y cada cual en los otros
halla insignes enemigos.

Igual ambición los mueve,
y es su pensamiento el mismo:
abatir de sus rivales
el terrible poderío.

Mas la gloria sus laureles
al más mozo ha prometido,
y al rey francés y al britano
eclipsará Carlos Quinto.

Si alianzas aquellos urden
por miedo a su predominio,
y de sombras y emboscadas
le van llenando el camino;

si dejarle solo quieren
para combatirle unidos
y acabar con el monarca
terror y pasmo del siglo;

deshechos verán sus planes,
y sus esfuerzos baldíos,
que es astuto y es valiente,
diplomático y caudillo;

y en Roma logró un añado
más que los reyes perínclito;
León décimo, en el mundo
representante de Cristo.

Odorantes y pomposos,
los huertos han florecido;
y otra vez resurge mayo,
mes a los viajes propicio.

Como el César no descansa
y alejar quiere peligros,
mar adentro, rumbo al Norte,
dirige ya sus navíos.

Y apenas Enrique octavo
escucha sus graves juicios,
noble amistad con él sella,
en contra del rey Francisco.

XII

La Coronación

A los medrosos fulgores
que lanza un sol otoñal,
mientras alegres repican
los templos de la ciudad,

ostentando la elegancia
de su porte militar,
con gran séquito va Carlos
por las calles de Aquisgrán.

No en son de guerra se agrupan,
que llevan misión de paz,
y el recuerdo de estas horas
no ha de olvidarse jamás.

En el recinto severo
de famosa catedral,
sepulcro de Carlomagno,
al joven rey ungirán.

Y pues belgas y españoles
son fastuosos por igual,
darán a las ceremonias
mágica solemnidad.

La voz reposada y grave,
litúrgico el ademán,
de Colonia el Arzobispo
toma el juramento ya.

«¿Juráis a vuestros vasallos
regir siempre paternal,
y emprender toda campaña
en bien de la cristiandad?»

«Juro —el monarca responde,
en las gradas del altar,—
si como espero me escuda
el amparo celestial.»

Luego el prelado, al concurso
que llenando el templo está,
para el ungido reclama
constante fidelidad.

Y al trono sube don Carlos;
ciñe corona imperial;
desfilando en su presencia,
nobles y plebeyos van.

Y si goza por su cuna
de un renombre universal,
aun más sonado y glorioso
en adelante será.

¡Salve, orgullo de los Austrias!
¡Amo del pueblo alemán!
¡Emperador de romanos!
¡Siempre augusta majestad!

XIII

Intero

Por las orillas del Tajo,
seguido de sus lebreles,
mientras la solar antorcha
rasga nubes de occidente,

a solas con sus pesares
que como dardos le hieren,
taciturno se pasea
el más alto de los reyes.

No de humillantes derrotas
gusta el monarca las hieles
que no probó todavía
la saña de los reveses.

Asombrando vive al orbe
y por patrimonio tiene
muchos reinos, pocos años
y bien ceñidos laureles.

Árbitro del mundo entero,
sagaz, arrojado y fuerte,
si amenaza, todos velan,
y tiemblan los continentes.

Hazañosos capitanes
sus designios favorecen,
y en los campos de batalla
son no superados héroes.

Mas hoy dolorosas nuevas
hasta su palacio vienen,
y es de abrojos punzadores
la corona de sus sienes;

que en Germania odioso fraile
contra el Papa fué rebelde,
y los dominios de Carlos
deshonora el nuévo hereje.

Prédicas donde la envidia
y el orgullo resplandecen;
ansias de romper los votos
y entregarse a los placeres;

negación de los misterios
amados de los creyentes;
befa y escarnio del dogma;
desprecio a la Santa Sede.

Tal obra inicia Lutero
que misión de apóstol miente
y satánico atropella
divinas y humanas leyes.

Pontífice y Cardenales
ven cuánto la secta crece;
y algo agita las conciencias,
como el huracán las mieses.

Ya el César, a Roma unido
por juramento solemne,
escuchando en Worms al monje,
halla fácil someterle.

Mas Lutero en muchas almas
reina cual único jefe,
y antes que enmendar sus yerros,
sucumbirá impenitente.

Y aunque al monarca español
parezca enemigo débil
y con escasa facundia
para embaucar a las gentes,

ya el fuego de la impiedad
en sus territorios prende,
y surgen más heresiarcas
de la nobleza y la plebe.

XIV

Navarra

En acecho está Francisco;
Navarra, desguarnecida:
los españoles bien saben
cuánto el francés la codicia.

Humillado por el César
y movido por la envidia,
sediento de glorias vive,
sueña imposibles conquistas.

Falta de brazos y de oro
juzga que yace Castilla
y por siempre desangrada
con las guerras fratricidas.

Sobre Pamplona sus huestes
cayeron tras breve liza,
mas prematuro entusiasmo
a la derrota las guía;

que extinguido el fiero encono
de las luchas intestinas,
odio a la hueste invasora
en cada pecho palpita.

Y como hermanos se unieron
bajo una bandera misma,
gentes que en cercanas horas
pelearon enemigas.

Si temerario Lesparre
a Logroño presto sitia,
más presto el campo levanta
y ve sus tropas vencidas;

que los bravos montañeses
pasos cierran, ganan cimas,
y al enemigo no dejan
ni el recurso de la huída.

Mas poco al francés abrama
la adversa campaña estiva,
y en los meses otoñales
osa nuevas correrías.

El desquite va buscando,
y con tal pujanza lidia,
que a sus ímpetus se rinde
la bella Fuenterrabía.

XV

Italia

La barbarie sus tinieblas
sobre Europa derramaba,
cuando en el país del Dante
ya era el Genio luz sagrada.

Nación donde la hermosura
con el talento se hermana,
es amable cuanto bella,
y famosa cuanto sabia;

y en el fragor de la lucha
como en la paz de las aulas,
con repetidos ejemplos
al orbe se impuso Italia.

Mas hoy a bien dura suerte
mírase predestinada,
en las mayores contiendas
será campo de batalla.

La tempestad en sus ámbitos
zumba y a todos alarma:
de la plebe a los magnates,
de los mendigos al Papa;

que dondequiera se anuncia
inminente la campaña
de alemanes y españoles
contra el dominio de Francia.

Colonna rige las huestes;
¡alto caudillo las manda!
para llegarse a Milán,
atravesaron el Adda.

Atacar la ciudadela
determina el gran Pescara,
y con sus bravos infantes
pronto consigue la plaza.

Luego del yugo francés
líbranse Plasencia y Parma,
y así a dilatarse vuelven
los dominos de la tiara.

Mas el Jefe de la Iglesia,
que amparó tan justa causa,
enfermo sabe los triunfos,
y tanta dicha le acaba.

Y apenas muere y su puesto
Adriano de Utrech alcanza,
el mundo atribuye a Carlos
creciente preponderancia.

XVI

Nuevas luchas

Antes al orbe faltaran
los beneficios del sol
que al pecho de los humanos
la no saciable ambición.

Medrar anhela el plebeyo
por verse un día señor,
y eclipsar a quien antaño
como a siervo le mandó;

busca el hidalgo ser conde;
el infante, emperador;
y éste, con vivir tan alto,
dominar la creación.

Y en tanto la muerte acecha,
la vida pasa veloz;
y es la humildad firme escala
para subir hacia Dios.

Azuzados como fieras
por un antiguo rencor,
príncipes y reyes traman
potente conjuración.

Contra Francisco se ligan
que en Italia penetró
y allí será derrotado
si en Francia fué vencedor;

pues Bonivet su caudillo,
aunque general de pró,
el empuje no resiste
de Pescara y de Borbón.

Mas no estiman los aliados
triunfo tan halagador;
y al francés batir ansían
en tierras de su nación.

A Marsella ponen sitio;
el rey bien la guarneció;
en vano a rendirla prueba
el fuerte bando invasor.

Y Francisco en su entusiasmo,
no sin desoir la voz
de sus mejores caudillos,
fragua nueva expedición:

los alpestres montes cruza
y llégase retador
a Pavía, donde acampa
el ejército español.

XVII

La batalla de Pavía

Sañudo el invierno llega:
ya con los fríos, el hambre
probar quiere la valía
de las tropas imperiales.

En las filas castellanas,
soldados y capitanes,
de impaciencia se consumen
por empezar el combate.

Mas los avaros tudescos
la soldada piden antes,
que por el honor tan sólo,
no acostumbra luchar nadie.

A sus valientes Pescara
tal acuerdo saber hace,
y estos cuantas doblas llevan,
ceden a los alemanes.

El caro nombre de España
fé, valor y fuerzas dales;
no han menester más tesoro
ni más seguro acicate.

Y allá van los de Castilla
a explorar el campo salen;
el rey juzga más prudente
esperar y atrincherarse.

Nada con ello perdiera,
mas se avecina el desastre;
siempre fué mal consejero
su imprevisor almirante.

«Señor: luchar es preciso;
no digan por todas partes
que una vez habéis dejado
plaza que tomar jurásteis.»

En las sombras de la noche
profusas hogueras arden;
el campamento español
queman sus llamas jigantes.

El rey que las divisara,
ópimos cree sus planes.
«Mirad; clama, ya sus tiendas
incendian al retirarse.

Carguemos, y para siempre
jornada tan memorable,
póngame ante el mundo entero
por cima de mis rivales.»

¡Con qué furor los franceses
van entonces al ataque!
A la primera embestida,
más de un escuadrón deshacen.

«Victoria, victoria,» cantan,
pero se alegran en balde.
¡Ay, los celebrados triunfos
son espejismos fugaces!

Al salir a campo abierto
con la audacia del triunfante,
un caudillo los derrota
que es maestro de leales:

el tenaz marqués del Vasto,
arquetipo de magnates,
a quien hicieron insigne
su valor y su linaje.

Con su grey de arcabuceros,
Pescara el infatigable
lasquenetes va matando;
lleva ya cinco millares;

y otro caudillo famoso,
tras de regar con su sangre
el campo donde luchara
con pericia y tesón grandes,

Antonio de Leivà, enfermo,
despreciador de sus males,
arenga, manda, estimula
desde la tienda en que yace.

Y en tanto, de la batalla
en la espantosa vorágine,
sin tregua el rey caballero,
heroico su espada blande.

Inútil arrojo el suyo.
Por más que en vencer se afane,
la balanza de la suerte
no inclinará de su parte.

A tierra el monarca vino
sin desmayar un instante;
y prisionero se mira
cuando quiere levantarse.

XVIII

El vencido

PRISIONERO está del César
el valeroso monarca,
el tan duro en el palenque
cuanto dulce con las damas.

¡Cómo la reciente lucha
destruye sus esperanzas!
Adiós sueños de dominio
sobre las tierras de Italia.

«Carlos y yo a la fortuna
rondamos con igual ansia;
ya sabremos algun día
quién sus favores alcanza.»

Así muchas veces dijo,
sin presentir la desgracia;
y viendo está el sin ventura
en qué paró su arrogancia.

«Señora—escribe a su madre,—
todo en la fatal jornada
perdí, menos el honor
y la vida que fué salva.»

Del vencedor doña Luisa,
en muy lamentosa carta,
fraternal benevolencia
para el vencido reclama.

Y Carlos de Gante, libre
de toda pasión bastarda,
atender tan justo ruego
promete a la soberana.

Mas ¿qué hacer con el cautivo?
Europa está consternada,
las decisiones de Carlos,
llena de temor aguarda.

«Majestad: al prisionero
decid que torne a su patria
y jure no combatiros,
y cumplirá su palabra.»

Su confesor al coloso
tal parecer adelanta;
mas este sigue consejos
del preclaro Duque de Alba.

Y cuando a firmar las paces
invítase al rey de Francia,
con enérgicos vocablos
las condiciones rechaza;

que si por justas las diese,
fuera traidor a su causa,
y viera su monarquía
para siempre desmembrada.

En la torre madrileña
donde la fiebre le abrasa,
más que de su cautiverio
duélese del sagaz Austria.

¡Oh, cuánto el rey empeora!
¡Dijérase que no sana!
Y en la celda del enfermo,
Carlos no pone su planta.

Mas, al fin, como le anuncien
la muerte del rey cercana,
hacia Madrid una noche
por visitarle cabalga;

y cuando entrarse le mira
el paciente por la estancia,
en el lecho se incorpora,
y conmovidos se abrazan.

—Señor: ved a vuestro esclavo.
—No tal, mi amigo del alma.
Libre sois, pensad tan sólo
en la salud quebrantada.—

Pasó el peligro de muerte,
mas no las horas amargas;
el rey sigue prisionero;
la fuga en vano prepara.

La Concordia de Madrid
entrambos rivales pactan;
quizás ni ellos mismos creen
que prevalezcan sus cláusulas.

Y al verse libre Francisco,
y otra vez en tierra gala,
«Aun ciño corona»—dice—
sediento ¡ya de venganza.

XIX

La Santa Liga

«Pues a cumplir tu palabra
como un villano te niegas
y al verte de nuevo libre
te burlas de mi clemencia,

por la sangre de cien reyes,
que limpia llevo en mis venas,
tomar venganza te juro
de la singular ofensa.

Ya conozco tus ardides,
mas no concebí sospechas
de tamaña felonía
en quien tan alto naciera.

—Rufián y traidor me nombren
si no cumplo mis promesas.—
De esta suerte prorrumpías
en las pláticas de Illescas.

Tus palabras hoy repito.
Por si tú no las recuerdas,
¿no es llegada la sazón
de avergonzarte con ellas?»

De esta guisa Carlos Quinto,
con admirable soberbia,
al mayor de sus contrarios,
lleno de razón increpa.

En tanto el Sumo Pontífice,
contra el dominio del César,
terrible liga dispone
con Milán, Francia y Venecia;

y en su afán de ver frustradas
las imperiales empresas,
de cumplir sus juramentos,
al vencido rey dispensa.

Las aguas del mar latino
cruza una flota guerrera;
del sur francés ha zarpado
y rumbo a Italia navega.

Sin fruto a Génova sitia;
en balde también la asedian
los bajeles venecianos,
las pontificias galeras.

Y una vez más, a despecho
de cuantos ciñen diadema,
Carlos Quinto resplandece
con no igualada grandeza.

XX

El asalto de Roma

En Roma el Papa Clemente
a sus pies mira un abismo:
el príncipe más cristiano,
es su mayor enemigo.

Nuevas desdichas aguarda,
y de amargura transido,
reproches harto severos
tiene para Carlos Quinto.

Presto el monarca responde:
táchale de olvidadizo,
pues borró de su memoria
los imperiales servicios.

No el victorioso descansa;
bien conoce su destino:
vivir siempre batallando
contra miles de enemigos.

Y previsor y animoso,
por conjurar los peligros
de recibir en Italia
rudo golpe a su prestigio,

al duque de Sessa instruye,
y con fecundo sigilo,
de muy famosos varones
el prócer consigue auxilio.

Y por las calles de Roma,
una mañana de estío,
sus gentes lleva Moncada
al palacio pontificio.

El Vaticano saquean;
el Papa, despavorido,
en Santángelo se oculta
creyéndole buen asilo.

Pronto máxima hecatombe,
sacrilegio nunca visto,
espanto será del globo
por los siglos de los siglos.

Borbón sobre Roma viene
con furias de torbellino;
una falange acaudilla
de lobos enfurecidos.

Hambrientos, desesperados,
salvan montes, cruzan ríos,
y en reponerse confían
con el botín prometido.

Y al mediar una mañana,
sufriendo el fuego vivísimo
de los guardas que al Pontífice
custodian en su retiro,

las huestes de tres naciones,
contra el Vicario de Cristo
al asalto se deciden
que maduraran de antiguo.

A los piés del Vaticano,
Borbón muere, más el brío
de sus hombres se agiganta,
anhelantes de exterminio.

Ambiciosos y feroces,
blasfemos y libertinos,
hurtan, degüellan y violan,
como en salvaje delirio.

Profanadores del templo,
ganan el sacro recinto,
y en lecho de sus orgías
queda el altar convertido.

XXI

El heredero

¡Cuán bulliciosa y alegre
la ciudad del conde Ansúrez,
la siempre admirada cuna
de tanto varón ilustre!

¡Cómo por calles y plazas,
llenos de gozo discurren
príncipes y caballeros
y plebeyas muchedumbres!

Ya don Carlos tiene un hijo
que un día su cetro empuñe;
cuantos aprenden la nueva,
tórnanse gayos augures.

Hijo de tan claros padres,
sus talentos y virtudes,
armas serán contra herejes,
rodelas que al bueno escuden.

Español y castellano,
al seguir viejas costumbres,
vedará que los flamencos
toda sinecura usurpen.

Júbilo inmenso renace,
y como sol entre nubes,
entre aflictivas memorias,
fulguran presagios dulces.

Por celebrar el suceso,
a Valladolid acuden
como bravos justadores
los galanes de más fuste.

Mas no place al rey cristiano
festejar las multitudes,
cuando el Papa en un castillo
rudo cautiverio sufre.

Y si en Italia sus hombres,
violan, profanan, destruyen,
y movidos se dijeran
por un diabólico empuje,

si jamás los siglos vieron
espectáculo más lúgubre
ni desenfreno tan grande
ni tanto crimen impune,

¿quién refrena las legiones
que al bello país afluyen
como asolador torrente
al valle desde la cumbre?

Gentes mordaces no faltan
que en las regias actitudes,
más que dolor abrumante,
fingida pena vislumbren;

y aun diz que mientras don Carlos
en púbico se compunge,
en secreto al Papa crea
conflictos nada comunes;

que los invictos aceros
no se verán con herrumbre,
y han de seguir atronando
los cañones y arcabuces.

XXII

América

No certidumbre parece,
mas ensueño fabuloso,
tan dilatados países
regir con un cetro solo.

Nunca tal soberanía
miraran humanos ojos,
ni juntó monarca alguno
tan diversos territorios.

Ya el emperador gantés,
al otro lado del globo,
más tierra va conquistando
que heredara con el solio.

Supo felíz derrotero
a la conquista del oro
con la proa de sus naos
trazar el nauta famoso.

Allende la mar pudieron
los soberanos católicos
abuelos del primer Carlos
ensanchar el aureo trono;

y hogaño, según entonces,
el cielo muéstrase pródigo
porque el nombre de Castilla
sea luz del orbe todo.

No la raza sus laureles
secarse deja en el ocio,
ni de los triunfos se hastía,
ni pierde la fe tampoco.

¡Quién vaticinar osara
prodigios tan venturosos,
tal poder en las tizonas
y en los pechos tanto arrojo!

Del Yucatán a Germania,
del Betis al Orinoco,
el César a cada aurora
inspira temor más hondo.

Adalides en la tierra
y en el mar sábios pilotos,
cruzaron sus capitanes
los más turbulentos golfos.

Y al pisar la indiana costa
hallaron ritos insólitos,
lenguajes no presentidos,
usos torpes, fieros rostros,

millonadas de enemigos
a vencer o morir prontos;
y en cordilleras y bosques
a su marcha inmenso estorbo.

¡Y qué importa! ¿No es preciso
aumentar gloria y tesoros?
¿No la grey capitanea
Hernán Cortés el heroico?

Si el hidalgo metilense
pasó de los años mozos,
no traspuso todavía
los linderos de su otoño.

Danle valor y prudencia
en todo trance socorro,
que en el pecho del caudillo
logran fecundo consorcio.

Un día ve congregarse
desalentados en torno:
fatíganse los sumisos,
conspiran los revoltosos;

y al conocer sus afanes,
llénase de triste asombro:
retornar al patrio suelo,
tan querido y tan remoto.

Y Cortés que a los peligros
conjuración halla pronto,
piensa en las naves fletadas
con su mismo patrimonio;

y mantenedor excelso
del castellano decoro,
destrúyelas por que nadie
intente volver a bordo.

Y esa nunca vista hazaña
es el adecuado prólogo
de un poema españolísimo,
sublime cual ningún otro.

XXIII

La Paz de las Damas

¡Cuánto a las reyes de Europa
exaspera y sobresalta
la fortuna inverosímil
del más alto de los Austrias!

Presas de amargo despecho,
anhelantes de venganza,
deponiendo mutuos odios,
acuerdan fuertes alianzas.

No cariño ni respeto
jamás los aproximara:
es la envidia quien los une
contra el más grande monarca.

Otra vez a combatirle
se apresura el rey de Francia,
el temerario que cuenta
las derrotas por batallas;

el que atormentado vive
por una quimera insana:
verse triunfante del César
y único señor de Italia;

aquel prisionero humilde
que entre promesas y lágrimas,
la libertad consiguiera
y no cumplió su palabra.

Del almirante Andrés Doria,
prócer de límpida raza,
honor y prez de marinos,
urgente apoyo recaba.

Y el genovés, que en la guerra
nunca supo de tardanzas,
pronto con sus naves sitia
la ciudad napolitana.

¡Ya van a ser certidumbres
los sueños que al rey embriagan!
¡Oh, cuán cercano contempla
el galardón a sus ansias!

Quizás cuando el nuevo día
esclarezca las montañas,
y de tremantes reflejos
pueble la espaciosa rada,

por suyos tenga esos campos
guarnidos de ricas granjas,
y ese puerto que al Vesubio
espejo brinda en sus aguas;

múltiples, bellos lugares
de inmenso valer y fama,
orgullo de las fecundas
riberas mediterráneas.

...Mas no sueñes, rey iluso,
mata locas esperanzas,
que tus sienes la victoria
no ceñirá con sus palmas.

¿Ignoras que en todo trance
a tu rival acompañan
el valor más decidido,
la mas hábil diplomacia?

Ya por que adverso te sea
el curso de la campaña,
el genovés te abandona
y al enemigo se pasa.

Poco después un tratado
firman princesas magnánimas,
y nuevamente Francisco
ve su corona humillada.

Y fuerza dan al convenio
llamado PAZ DE LAS DAMAS,
doña Isabel de Saboya,
doña Margarita de Austria.

XXIV

Barbarroja

De gentes y pueblos varios
movidos del mismo afán,
constantes súplicas llegan
a la cámara imperial.

Todas al César conmueven,
todas le hacen cavilar,
y en audiencias y mensajes
descubre triste verdad.

Por las mares Barbarroja
campando a su antojo va;
contra vientos y bombardas
ampárale Satanás.

El África y la Turquía
míranle siempre triunfal,
y bien su furor conocen
Constantinopla y Orán.

Y magnates y pecheros,
en su creciente ansiedad,
al glorioso Carlos Quinto
así ruegan sin cesar:

«Ved que nunca navegara
forajido más audaz,
pues con reyes firma pactos
como si fuera su igual.

Ved cuánto sus correrías
deshonran la cristiandad,
que ya el mundo le señala
como dueño de la ¡mar.

Si vos, tan grande y temido,
no batís al musulmán,
¿quién a tamaños desmanes
acabamiento dará?

Por la cruz y por el trono,
vuestros barcos aprestad,
y altivos surquen los mares
en misión providencial.

Caza den al berberisco
aliado de Solimán.
y a diversos litorales
volveréis la ansiada paz.

¿Olvidais que a los infieles
alienta la impunidad,
y a quien una vez los rinde
ya no se atreven jamás?

A vos, señor, medio mundo,
los ojos convierte ya;
no matéis sus esperanzas,
a los cristianos salvad.»

Y no tan sólo cristianos
le conducen a luchar;
su protección, nunca estéril,
demanda Muley Hassán.

Destronado rey de Túnez,
¡qué pactos no sellará
por subir de nuevo al solio
de su llorada ciudad!

XXV

La despedida

«A la guerra vais, mi dueño,
para cubriros de gloria,
que el señor del alma mía
no conoce la derrota.

Bien sabéis que al ausentaros,
vivo en constante zozobra,
entre lágrimas y rezos,
siempre triste, siempre sola.

Con vos, señor, deseara
pasar mi existencia toda,
que es firme como ninguno
el amor de vuestra esposa.

¡Cuán lóbrego nuestro alcázar
si partís a lueñes costas!
Ni músicas, ni festines,
ni brillantes ceremonias.

Tórnase mudo el palacio,
las gentes semejan sombras,
y hasta el órgano en la misa
más dolorido salmodia.

Adiós, partid a la guerra;
ya el puerto de Barcelona,
en sus aguas ve mecerse
las naves de nuestra flota.

Pronto a la sarda ribera
pondrán las audaces proas
la escuadra de vuestro hermano,
los bajeles de Andrés Doria.

Partid: un presagio templa
mi pena con ser tan honda:
volveréis con nuevos triunfos
a humillar las huestes moras;

y otra vez dará terrores
a los hijos de Mahoma,
la Cruz de amorosos brazos
que en guerra y paz nos acojan.»

De tal guisa en placentera
mañana deslumbradora,
cuando abril perfuma el viento
y almas y campos remoza,

con tremante voz más dulce
que el son de flautas y violas,
a Carlos Quinto despide
la reina gobernadora:

la juvenil soberana
que por discreta y hermosa
ciñe para bien de todos
la más egregia corona.

«Presto—don Carlos alega—
habremos jornadas prósperas,
y el temor a la morisma
por mi cesará en Europa.

Permitidme que estos folios
en vuestras manos hoy ponga;
si cumplis sus ordenanzas,
ganaréis muy justas loas.

Por donde voy os recuerdo;
en negras o gayas horas,
de vos ni del hijo mío
¿podré apartar la memoria?

Si de ambicioso me tildan,
ese achaque no me importa:
para legarlas a un hijo,
cien naciones fueran pocas.»

XXVI

La expedición a Túnez

¡SALVE, mar del Mediodía,
sagrada y antigua ruta
por donde ilustres países
difundieron la cultura!

Famoso Mediterráneo,
palenque de tantas luchas,
evocador de leyendas
que morir no pueden nunca;

el que viera una alborada
nacer de entre sus espumas
a la diosa Cíterea,
símbolo de la hermosura.

Predilecto de argonautas,
en cuyas ondas augustas
la poetisa de Lesbos
halló voluntaria tumba.

Próvido mar venerando:
tu, que por igual fecundas
islas griegas y romanas
y regiones andaluzas,

y a Barcelona enriqueces,
no desates hoy tu furia,
que navíos de cristianos
tu azul superficie cruzan.

De la ciudad catalana
partiéronse; ya columbran
las tierras donde pujante
se yergue la media luna.

¡Qué entusiasmo al despedirlos!
¡Qué procesiones y músicas!
¡Cómo al rey agasajara
la perla de Cataluña!

Ya en vistoso tropel bogan
las carabelas y fustas,
galeones y fragatas,
bergantines y tafurcas.

Al sur avanzan solemnes:
delante las naves lusas;
en el centro Carlos Quinto
luce su altiva figura;

y de los barcos postreros,
un varón de ilustre cuna,
don Alvaro de Bazán,
dirige las singladuras.

Ya los bravos navegantes
acampan en las vetustas
ruinas de la gran Cartago,
prez de lejanas centurias.

Otros la también preclara
ciudad de Catón ocupan;
y en todos late un deseo:
sojuzgar tierras morunas.

Perplejo está Barbarroja,
pues sus espías le anuncian
que el propio monarca hispano
es quien arribó en su busca.

Mas el pirata recuerda
que sus legiones son muchas,
y hundir la flota enemiga
lleno de soberbia jura.

XXVII

La toma de la Goleta

En las húmedas mazmorras
donde el sol jamás penetra,
miles de cristianos sufren
el peso de sus cadenas.

Allí el más fiero corsario
reclúyelos, y se aleja
porque en Túnez le reclaman
los azares de la guerra.

A Sinán el renegado,
el de corazón de hiena,
designa para custodio
de célebre fortaleza;

de aquella dominadora
de los montes y las vegas,
la que atalaya y protege
la extensión de mar y tierra;

llave para entrar al África,
inapreciable presea,
no superado castillo,
a que nombran la Goleta.

Sinán, del rico baluarte
se dispone a la defensa;
y decidido a su toma
el emperador se acerca.

Ópimos soldados manda:
son de naciones diversas,
iguales en bizarría
sí distintos en la lengua.

Entre los grandes caudillos,
asombra con sus proezas
un hidalgo santiaguista,
príncipe de los poetas.

Con singular donosura
que las almas enajena,
los pastoriles amores
ha cantado en sus endechas.

Querellosos madrigales
compuso en honor a Flérida,
y a Petrarca por lo tierno
emula, si no supera.

Y ese trovador tan dulce,
embeleso de las bellas,
galán de todas bien quisto,
Garcilaso de la Vega,

es el mismo que arrogante,
resistiendo la inclemencia
de los soles africanos
al morir la primavera,

por la gloria de su patria,
bajo la bendita enseña
que don Carlos enarbola,
con heroico ardor pelea.

¿Y a quiéu faltará el arrojo,
si en la penosa contienda
lecciones de valentía
son los ejemplos del César!

Cabalgando lanza en ristre,
vigila, inspecciona, ordena
y la ocasión le entusiasma
de tan difícil empresa.

Con pasmadora pericia,
fustró el marqués de Mondéjar
el ataque traicionero
de las hordas sarracenas.

Ya viene el famoso día;
la tan suspirada fecha;
la de rendir el castillo
tras nunca vista refriega.

Ha principiado el combate;
y quiere la Providencia
el ánimo de las tropas
someter a dura prueba.

Ventarrón huracanado
agolpa las nubes negras,
y cambia presto la lluvia
en arroyos las veredas;

y entorpecen toda marcha
y aturden, rinden y ciegan,
con los ímpetus del viento
el fulgor de las centellas.

Y sonando entre el furioso
rebramar de la tormenta,
la voz del insigne Doria
a los soldados arenga.

«Seguid, aunque el trueno zumbe
y el mundo acabar parezca,
dad el víctor; ya tenemos
la mejor torre por nuestra.»

Y ese generoso engaño
tan grande ilusión despierta,
que las tropas del imperio
irán al triunfo por ella.

Y al fin, un día de julio,
izadas en la Goleta,
su viejo esplendor subliman
las españolas banderas.

XXVIII

En Roma

¡Qué victoria Carlos Quinto
sobre la morisma obtuvo!
Magno estupor dondequiera
va difundiendo sus triunfos.

Todos los reyes le envidian
y el francés como ninguno:
cuanto más el César medre,
él habrá más infortunios.

Hacia el héroe nunca victo
un rencor siente profundo,
y éste al rey galo conduce
a prescindir de su orgullo.

¡Cómo pensar que algún día
temiendo el hispano yugo,
protección no pocas veces
mendigara del Gran Turco!

¡Mísero rey caballero!
¡Cuán estéril odio el tuyo!
No se ha eclipsado la estrella
de quien es terror del mundo.

Triunfador cruza la Italia,
y allí jamás hombre alguno,
tan frenético entusiasmo
en todas partes produjo.

¡Qué fiestas y aclamaciones
en la ciudad del Vesubio!
Roma también le consagra
inusitados tributos.

Y de la ciudad eterna
cabe los gloriosos muros,
por ver al héroe se apiñan
clero, magnates y vulgo.

Caballeros, bajo palio
llevan al huésped augusto
y el Pontífice le acoge
con efusivo saludo.

Y de pretéritas luchas
y de sucesos futuros,
al Papa y embajadores
habla en aqueste discurso:

«Harto sabéis cómo nunca
mover contiendas me plugo,
mas vivir en paz no logro,
que enemigos tengo muchos.

Por justas causas combato;
ellas honoran mi escudo;
y velar por mis dominios
es deber que Dios me impuso.

Si con bélicos horrores
el vivir de Francia turbo
y a las costas africanas
mis bajeles hacen rumbo,

no es que sienta sed de sangre,
es que a los retos acudo,
y en reparar las ofensas
cifraré siempre mi orgullo.

Oigan todos y recuerden
las palabras que pronuncio,
más solemnes que por mías,
por dichas a tal concurso.

Si en mis dominios Lutero
alcanzar secuaces pudo,
achacarlo a mi blandura,
paréceme poco justo.

El árbol de la herejía
no dará copiosos frutos,
y muy presto si a Dios plega
espero verle caduco.

Yo lamento como nadie
los interiores disturbios,
ir contra cristianos príncipes,
sembrar odios, ruina y luto;

mas por que nadie recele
en mis actos disimulo,
una inminente campaña
contra el francés os anuncio.

Pues no cumple sus promesas
como yo las mías cumplo,
vengaré tales agravios.
castigaré sus perjurios.

Si valiente y digno fuera
cuanto ambicioso y astuto,
su acero y el mío solos
reglaran nuestros asuntos.»

Y en sus frases tanta cólera
el temido César puso,
que el Papa en vano pretende
sosegar al iracundo:

XXIX

Por tierras de Francia

Caudillos tiene don Carlos,
tiénelos muy hazañosos,
no igualados en pericia,
singulares en arrojo.

Anúnciales el monarca
un temerario propósito:
invadir con sus hermanos
los franceses territorios.

Al país galo entrarase
por el Sur, mientras los otros
por Champaña y Picardía
cruzan a prestarle apoyo.

Nada su empeño le para;
desde la guerra del moro,
sol en cenit sempiterno
quiere juzgarse a sí propio.

Cegado por tanta gloria
y a nobles consejos sordo,
la hecatombe no vislumbra
que habrá de afligirle pronto.

Arlés, Aviñón, Marsella,
van rechazando al coloso;
hambre y peste sus legiones
diezman y le falta el oro.

Si el retirarse le amarga,
un pesar llora más hondo
que es la muerte del gran Leiva
el revés mayor de todos.

Y aquel galán toledano,
aquel arrogante mozo
cuyas canciones sumieran
el alma en divino arrobo;

embeleso de las damas,
justo pasmo de los doctos
paladín con la tizona,
fiel vasallo, nuevo Apolo,

de su Flérida ya nunca
podrá ver el blanco rostro,
ni esperarla bosque adentro
para mirarse en sus ojos.

XXX

La Penuria

ESPAÑOLES y franceses
llenos de júbilo están,
que en Niza los dos monarcas
treguas concertaron ya.

Cinco lustros de rencores,
de enconado pelear,
más bendecida y alegre
tornan la naciente paz.

En Aguas Muertas don Carlos
huésped fué de su rival:
haga Dios que mucho dure
tan sorprendente amistad.

Bien el César necesita
calmar su bélico afán:
si mucho importan las armas,
el erario importa más.

Como la sangre de un cuerpo
que lleva herida mortal,
de las nacionales arcas
el oro fluyendo va.

Tantos viajes, tantas guerras,
tanto magnífico plan,
si gloria inmensa trajeron,
el país hundan quizá;

Y es anhelo de las gentes
que el rey no luche jamás
y bajo el cielo de España
procure siempre morar.

En lances de montería
el César busca solaz;
malhumorado saliera
de la ciudad imperial.

Con un labriego se topa;
es un anciano locuaz
si rústico en los modales,
muy discreto en el hablar.

Como el rey le interrogase,
contesta con gravedad:
«Soy tan viejo que ya he visto
cinco monarcas reinar.

El más antiguo de todos
aquel famoso don Juan,
el segundo de su nombre,
tan sabidor y cabal.

Don Enrique vino luego
y don Fernando detrás,
y don Felipe más tarde,
muerto en plena mocedad.

Por último Carlos Quinto.»
—¿Y cuál supo gobernar
con más cordura y más gloría?
¿No sabes decirme cuál?—

«El mejor, el rey católico,
—dice rotundo el patán,—
el de agora es muy funesto;
no cesa de malgastar.

Para viajes y conquistas
nada le bastó jamás;
y así a la ruina marchamos
con triste celeridad.»

XXXI

La guerra general

OTRA vez a Barcelona
el emperador se llega,
que ya en el puerto le aguarda
muchedumbre de galeras.

Audacias del turco teme,
con el francés habrá guerra,
y si enemigos le sobran,
dineros no tiene apenas.

Por ser Italia un imperio
de inagotables riquezas,
con rumbo a sus gayas costas
la flota imperial navega.

Allí abundan los florines
y al conseguirlos el César,
emprender podrá de nuevo
costosísimas empresas.

Tras pláticas repetidas
con el jefe de la Iglesia,
camino va de Germania,
donde muerto le creyeran.

A Spíra los protestantes
fueron y dioles audiencia,
y al hablarle de perdones,
con furiosa voz los niega;

y contra el duque de Cleves,
señor de extendidas tierras,
despiadado ataque manda
y véncele con presteza.

La no difícil victoria
mucho a don Carlos alegra,
porque al rey de los franceses
quita un aliado con ella.

Sin reparar en fatigas,
a Landecy luego cerca,
y tienen él y Francisco
muy igualadas sus fuerzas.

Ya cien veces fué arengando
a cada cual en su lengua,
mas el contrario rehuye
la decisiva refriega;

y al fín, villana emboscada,
que no gloriosa pelea,
en contra de Carlos Quinto
finaliza la contienda.

El Sultán a sangre y fuego,
invade la Hungría mientras,
y vastos reinos conquista
para la otomana Puerta.

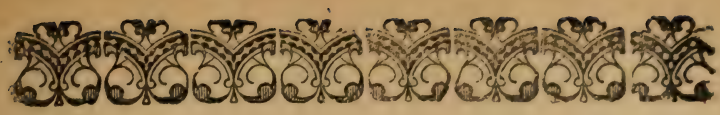
Mas que nunca furibundo,
Barbarroja piratea;
y sobre Francia va Carlos
con Enrique de Inglaterra.

Todo París se conmueve
con una terrible nueva:
¡a dos jornadas tan sólo
el español vivaquea!

Las campiñas ha talado:
las poblaciones incendia;
profundas adversidades
agigantan su braveza.

En tanto el rey caballero,
con sobrada razón piensa:
«¡Cara pago la corona
que soporto en mi cabeza!»

Mas luego sus emisarios
al emperador aquietan,
y a las feroces dIscordias
la paz de Crespy da tregua.



XXXII

Iñigo de Loyola

AFRENTOSAS gallardías
tiene la grey luterana,
mas pronto habrá de vencerla
insigne hidalgo de España.

Hijo de un solar glorioso,
asentado en tierra vasca;
por su temple se asemeja
al roble de las montañas.

Paje fué del rey católico,
fuélo en edad bien temprana,
y desde niño conoce
los secretos de la espada.

Ya con sangre de sus venas
regó campos de la patria,
y mal herido su cuerpo
dejaron piedras y balas.

Convalece, y en su lecho,
mientras la salud aguarda,
místicos pasajes lee
que le depuran el alma;

y apenas sanar consigue,
despídese de sus armas,
pues nació predestinado
a más gloriosas batallas.

La pura pasión desdeña
de muy adorable dama:
único el amor divino
le domina y arrebata.

Para vestir burdo sayo,
dona su traje de gala,
y humildoso peregrina
mendigando en sus jornadas.

Hallado que hubo una gruta
determínase a morarla,
y allí célicas visiones
le inspiran misión sagrada.

Solo emprende y sin dineros
un viaje a la Tierra Santa:
soñándose va caudillo
de una redentora causa.

¡Cuánto su fé robustece!
¡Cuál se llena de esperanzas
con rezar ante el sepulcro
que el cuerpo de Cristo guarda!

¡Cómo en sí propio confía!
¡Qué bienestar le acompaña
Cuando al valle de Guipúzcoa
torna de lueñes comarcas!

No las blanduras admite
de la solariega casa;
por vivir como los pobres,
en un hospital se ampara.

Vendió ya su patrimonio,
y su caridad es tanta
que a los mendigos destina
las monedas alcanzadas;

y diciendo adiós al valle
donde corriera su infancia,
aléjase por los montes
que blanquea la invernada.

Caminando, caminando,
entrose ya por Italia,
y allí discípulos suyos
acuden y con él viajan.

A Roma juntos se llegan;
santa milicia fundaran,
y será siempre del dogma
espléndida salvaguardia.

Y al verlos tan afanados
por la salud de las almas,
la naciente COMPAÑÍA
DE JESÚS aprueba el Papa.

XXXIII

Luchas de religión

De las penosas refriegas
descansa el emperador,
mas que batalle de nuevo
le pide la religión.

En vano con los herejes
tolerante se mostró;
del monarca desconfían
desde la dieta de Worms.

Y en los debates profundos
de una excelsa reunión,
donde no pocos prelados
hacen resonar su voz,

en el Concilio de Trento,
junta inspirada por Dios,
toda suerte de heresiarcas
ha su castigo mayor.

Un suceso en los herejes
siembra la consternación:
ya el apóstata Lutero
al sepulcro descendió.

Ya bien claros sus designios
muestra el monarca español:
a Ingolstadt lleva sus tropas
y mírase vencedor.

Guerrean los protestantes
con pasmosa obstinación,
mas las pontificias huestes
acuden por el Tirol,

y otra vez el sagaz Austria
que tanto las esperó,
ayudándose con ellas,
gana infinito esplendor.

Jefes quedan en la secta
que no humillan su pendón:
Hesse tiene su landgrave,
y Sajonia su elector.

Mas ¡qué importa! Pues la Iglesia
con España se ligó,
nada valen adversarios:
no hay poder contra las dos.

XXXIV

Memorables sucesos

Al tan bizarro monarca
orgullo de los franceses,
reposo eterno procura
la guadaña de la muerte.

No dijo adiós a la vida
entre belicosas huestes,
ni por viejo sucumbiera;
le mataron los placeres.

Más de una treintena de años
corona llevó en sus sienes,
y sus glorias y flaquezas
recordadas serán siempre.

Libre del rival más grande
ya el César augusto vese;
y mejor otras campañas
podrá seguir contra herejes.

Hacia el Elba con sus tropas
encamínase, y advierte
que las enemigas fuerzas
cortaron el mejor puente;

mas ganar la opuesta orilla
al emperador conviene,
y no le asustan del río
ni el anchor ni la corriente.

En la boca los aceros,
nadan soldados y jefes,
y un peón lleva a la grupa
cada resuelto jinete.

Nadie al César gana en brío;
asombro inspira su temple;
en las filas del imperio
¡cómo el entusiasmo crece!

Luego que pasara el río,
siéntese más bravo y fuerte,
y su lanza, siempre invicta,
destruye como un ariete;

y es tan gallardo su porte
que en una pintura célebre,
Tiziano le inmortaliza
con sus divinos pinceles.

Y cuando perdón le implora
quien tantas luchas promueve,
los más ultrajantes dichos
oye tamaño rebelde.

XXXV

Dragut

Émulo de Barbarroja,
falaz entre los falaces,
Dragut, como aquél, ansía
el dominio de los mares.

Junto al corsario de Lesbos
pasara sus mocedades,
y asístenle desde entonces
la pericia y el coraje.

Por apresar el tesoro
de unas galeras mercantes,
a las aguas del Adriático
llevó sus veloces naves;

y fueron sus correrías
tan continuadas y audaces,
que someterle deciden
valerosos generales

En Cerdeña le sorprenden,
y tras hórrido combate
con Dragut cautivos quedan
varios de sus capitanes.

Por vivienda un calabozo
le da el príncipe almirante,
y a elevado precío paga
Barbarroja su rescate;

y apenas libre se mira,
sediento de oro y de sangre,
a ser otra vez comienza
espanto de litorales.

Mas a Doria ya conoce,
de sus arrestos ya sabe,
de su lealtad al trono
y de sus fecundos planes;

y ha menester el corsario
playa donde refugiarse,
no buscar para sus luchas
las marinas soledades.

Por africana ciudad
en la noche logra entrarse,
y en su anchuroso recinto
halla el soñado baluarte.

Allí con presteza gana
muchedumbre de secuaces:
la mano sobre el Korán,
juran todos acatarle

Tropel de barcos guerreros
disponen los imperiales,
que rendir al forajido
es empresa nada fácil.

Levantando van a bordo
los hispanos estandartes
con el virrey de Sicilia
otros muchos personajes.

Luego que pisan la costa
peligros hallan tan grandes
que al César piden auxilio
para seguir adelante;

y cuando su rey, viajero
por tierras septentrionales,
los refuerzos les procura,
principio dan al ataque.

En el soto que festonan
simétricos olivares,
¡cuán sañudos se acometen
las enemigas falanjes!

Hasta que al fín los cristianos,
tras peleas incontables,
por la ciudad se introducen
que defendiera Hesarráez.

Después de tamaño triunfo
al emperador abate
la derrota qne origina
la conducta de un cobarde.

En Tremecen ha entregado
la mejor de las ciudades;
cuando al patíbulo sube,
no le compadece nadie.

XXXVI

La dieta de Ausgburgo

Batido no por las balas,
mas por un clima cruel,
don Carlos, triste y enfermo,
levanta el sitio de Metz.

Recluído en su litera,
viendo nevar y llover,
siéntese ya condenado
a prematura vejez;

y afirman con voz rotunda
quienes le conocen bien:
«Más le hiere que sus males,
tan insólito revés.»

Y a solas el César piensa
cuando su infortunio vé,
cómo son de parecidas
la fortuna y la mujer.

Ámbas con sus galardones
favorecen al doncel,
y guardan para los viejos
crudelísima esquivez.

Mas la afrenta recibida
sus iras vuelve a encender,
y con redoblado empuje
pelea contra el francés;

y no sólo en tierra gala
combate el hispano rey:
en ríos de sangre anega
Italia y Francia también.

Porque sus males crecieron
con pasmosa rapidez,
la Dieta ya convocada
no podrá presidir él.

Y a su hermano le suplica
que allí defienda la fé
y contra herejes labore
cuanto sea menester.

Mas el monarca de Hungría,
deponiendo su altivez,
para conservar su trono
en ellos busca sostén;

y tras largas controversias,
la perturbadora grey,
libertad para sus cultos
al cabo puede obtener.

Y pues un rayo la nueva
para el Pontífice fué,
¡cuán furioso a los dos reyes
ha de increpar esta vez!

XXXVII

La abdicación

VARONES mal resignados
a vivir en la pobreza;
los que tacha de inclemente
ponéis a la Providencia;

los que sufris envidiando
a los grandes de la tierra,
sin pensar que en todo pecho
arraigar pueden las penas;

los que olvidásteis cuán pronto
mueren humanas grandezas
y cómo la mayor gloria
con el hastío se amengua:

si ver queréis como abruman
cetros, mantos y diademas,
reprimiendo vuestra envidia
los ojos tornad al César.

Ya el monarca más temido,
el de estirpe más egregia,
por quien abatidas fueron
tantas coronadas testas;

aquel pasmador caudillo,
el de las altas empresas,
señor de tantos imperios,
¡la paz de un convento anhela!

¿Qué recónditos pesares,
que poderosas tristezas,
ese no previsto rumbo
a su pensamiento dieran?

¿Creyó que tarde o temprano
fatigan todas las sendas,
y es el mundo como un yermo
donde marcha el hombre a ciegas?

Pronto las aureas coronas
trocara por una celda:
tamaño renunciamiento
ha de presenciar Bruselas.

Ya en el recinto se mira
de la gran ciudad flamenca;
no viste gayo indumento,
ropaje de luto lleva.

Alzase, no sin trabajo,
del sitial donde se asienta;
en un báculo se apoya,
y habla así de sus empresas:

«Por que digais si no es justo
que yo el descanso apetezca,
de mis viajes y fatigas
aquí debo daros cuenta.

Si la mitad de mis años
anduve en bravas peleas,
hícelo por defenderme,
que yo no gustaba de ellas.

Muchas fueron mis campañas,
mis viajes más de cuarenta;
los trabajos de la mar
doce veces padeciera.

Al gobernar mis dominios,
erré mucho, quién no yerra,
y más en los años mozos,
tan ayunos de experiencia.

Jamás, por Cristo lo juro,
a nadie ofendí a sabiendas;
si alguien de mí se doliere,
su perdón hoy me conceda.»

Habla después a su vástago,
y con voz que el llanto vela,
estos consejos le dicta
por que bien guarde su herencia:

«Que para vos, hijo mío,
sagradas las leyes sean;
y el deber más perentorio
servir de escudo a la Iglesia.

A Dios plegue que algún día
tengais clara descendencia,
y cuanto de mí alcanzasteis,
un hijo vuestro merezca.»

Al punto, para dar las gracias
y hacer solemnes promesas
don Felipe ante su padre,
conmovido se prosterna.

Luego, por serle difícil
usar del habla francesa,
en nombre del nuevo rey
su voz levanta Granvela;

y la hermana de don Carlos,
muy admirable princesa,
que los estados flamencos
a maravilla rigiera,

de su gestión prudentísima
hace breve referencia,
y de sumisión al trono
las más cordiales protestas.

XXXVIII

Rumbo a España

FLOTA de sesenta naves
la extensión marina cruza,
mas no el puerto abandonara
por librar épicas luchas.

Si muy heroicos guerreros,
la honoran pues la tripulan,
en más pacífico viaje
quizás no bogaron nunca.

De todos, el más insigne
por sus hechos y su alcurnia,
reclinado va en la borda,
la faz siempre taciturna;

y a veces, cuando los ojos
clava en la menguante bruma,
que ya desgarrar pretenden
fulgores de grata luna,

claros gestos de impaciencia
en su rostro se dibujan,
cual si cansado le hubiese
por monótona la ruta.

Si un recuerdo le acongoja,
dominar sabe su angustia;
mortifícale que nadie
sus emociones trasluzca.

Una vez tan sólo en público
lágrimas vertió profusas:
al pasar frente a la casa
donde se meció su cuna;

que al varón más impertérrito
la dulce memoria turba
de las horas infantiles,
tan fugaces cuanto puras.

Es el nauta Carlos Quinto,
a más laureles renuncia,
y el pronto arribo codicia,
por llegarse a Extremadura.

Allí una celda le aguarda
y él tiene por dicha suma,
ir desde la paz del claustro
al sosiego de la tumba.

Oran cerca del viajero
sus dos hermanas augustas,
reinas ambas, ya sin trono,
que lutos visten de viuda.

Y acaso los tres monarcas,
mientras mar y viento zumban,
al ver divinas grandezas,
humo juzgaron la suya.

XXXIX

El Duque de Gandía

CAMINAD hermano, apriesa,
no lleguemos a deshora,
que va mediada la tarde
y las de otoño son cortas.

Benditas nuestras andanzas,
múltiples y fatigosas;
ánimo y cuerpo conserven
la firmeza de la roca.

No los peligros me paran,
ni el peregrinar me agobia;
cuanto más por Cristo sufro,
espero dicha más honda.

Seguid, que mirar ansío
desde aquella calva loma
un rincón de penitentes,
cerrado a mundanas pompas.

Ganar su recinto quiero,
y haber pláticas piadosas
con el César no igualado
que entre cenobitas mora.

¡Oh, Majestad cristianísima!
¡Terror y pasmo de Europa!
¡Brazo duro, mente clara!
¡Cuán admirable tu historia!

Yo te ví lanzón en ristre
por los reinos de Mahoma,
y en los más distintos climas
llevarnos a cien victorias.

En la paz como en la guerra,
brotó siempre de tu boca
el madurado consejo,
la sentencia luminosa.

Yo lloré viendo tu pena,
cuando entre paños y antorchas,
en el féretro dormía
la emperatriz mi señora.

Aquella dama excelente,
de más hechizos que todas,
cuyos restos venerandos
confiaste a mi custodia;

la misma que allá en Granada,
horripilante y hedionda,
despreciar me hiciera al mundo,
mientras abrían su fosa.

Vi acabar en su retiro,
tranquila y razonadora,
a la reina que de celos
diez lustros penara loca;

a doña Juana tu madre,
infelicísima esposa;
mártir a quien has debido
tus más preciadas coronas.

¡Qué tropel de remembranzas!
¡Qué inmarcesibles memorias!
Galanías y donaires,
sueños parecen agora.

¿Es verdad que yo luciera
en brillantes ceremonias,
terciopelos y damascos,
y toisón de ricas joyas?

¿Soy el duque predilecto
de aquella corte española
que honoraba Garcilaso
con su lira y su tizona?

Y tú, emperador, pues cambias
por el cilicio la cota,
y dejas tus monarquías,
bien a todos aleccionas.»

Y en diciendo estas palabras,
y triunfantes ya las sombras,
al portal del monasterio
llama Francisco de Borja.

Entranse los peregrinos
por la mansión religiosa,
y a poco el futuro santo
con el monarca dialoga.

XI

El bastardo

Campanas del monasterio:
¡con que recia pesadumbre,
vuestro clamor se propaga
por los ámbitos de Yuste!

Nuncio sois de triste nueva
que ya por los valles cunde:
la muerte vais lamentando
del monarca más ilustre.

Ya unánimes por él oran
al oir los toques fúnebres,
jerónimos y labriegos,
hidalgos y servidumbre;

y aflije a cuantos le observan
entre cirios y entre cruces,
ver cual tamaño coloso
en yerta podre concluye.

Todos recuerdan del muerto
el arrollador empuje,
lo vasto de sus empresas
la suma de sus virtudes;

y no pocos imaginan
que del féretro resurge,
para luchar contra infieles
como en los días de Túnez.

Dos varones en tal duelo
el mayor agobio sufren;
y ambos piensan que por siempre
el sol apaga sus luces,

aire a sus pechos no llega,
es la vida carga inútil,
pártense los corazones
y el mundo entero sucumbe.

Don Luis Quijada es el uno:
magnate a la envidia impune,
confidente del monarca,
graves misiones asume.

Es el otro un pajecillo
a quien el prócer instruye:
suelto ademán, ojos garzos,
melena de rubios bucles.

A lomos de su hacanea
va por llanuras y cumbres,
y ama como un veterano
los aceros y arcabuces;

y cuando nieve y celliscas
en el hogar le recluyen,
narraciones de batallas
pide al amor de la lumbre.

Descansa en paz, magno César,
sin que tus glorias macule
la existencia de ese niño,
fruto de amores volubles.

Sus hazañas serán tales
que tu flaqueza disculpen;
y la mancha de su origen
ha de borrar el impúber.

Idolo será del pueblo,
admiradas sus costumbres,
en la fé no superado,
y poder que al turco anule;

y ese bastardo algún día,
mande ginetes o buques,
dará honor al cristianismo,
y a tu raza eterno lustre.

ÍNDICE

Págs.

DEDICATORIA

I.—España en 1517 11

II.—La muerte de Cisneros 15

III.—El César en Valladolid 19

IV.—Las Primeras Cortes 23

V.—La herencia 27

VI.—Agitaciones 31

VII.—Villalar 35

VIII.—Las cartas de Padilla 39

IX.—La ejecución 43

X.—Doña Isabel de Portugal 49

XI.—Los rivales 53

XII.—La Coronación 57

XIII.—Lutero 61

XIV.—Navarra 65

XV.—Italia 69

XVI.—Nuevas luchas 73

XVII.—La batalla de Pavía 77

Págs.

XVIII.—El vencido 83
XIX.—La Santa Liga 89
XX.—El asalto de Roma 93
XXI.—El heredero 97
XXII.—América 101
XXIII.—La Paz de las Damas 107
XXIV.—Barbarroja 111
XXV.—La despedida 115
XXVI.—La expedición a Túnez 119
XXVII.—La toma de la Goleta 123
XXVIII.—En Roma 129
XXIX.—Por tierras de Francia 135
XXX.—La Penuria 139
XXXI.—La guerra general 145
XXXII.—Iñigo de Loyola 147
XXXIII.—Luchas de religión 151
XXXIV.—Memorables sucesos 155
XXXV.—Dragut 159
XXXVI.—La dieta de Ausgburgo 165
XXXVII.—La abdicación 169
XXXVIII.—Rumbo a España 175
XXXIX.—El Duque de Gandía 179
XL.—El Bastardo 185

Obras de Luis Barreda

Cancionero Montañés.

Cántabras.

Valle del Norte. (Prólogo de Ricardo León.)

Roto casi el navío.

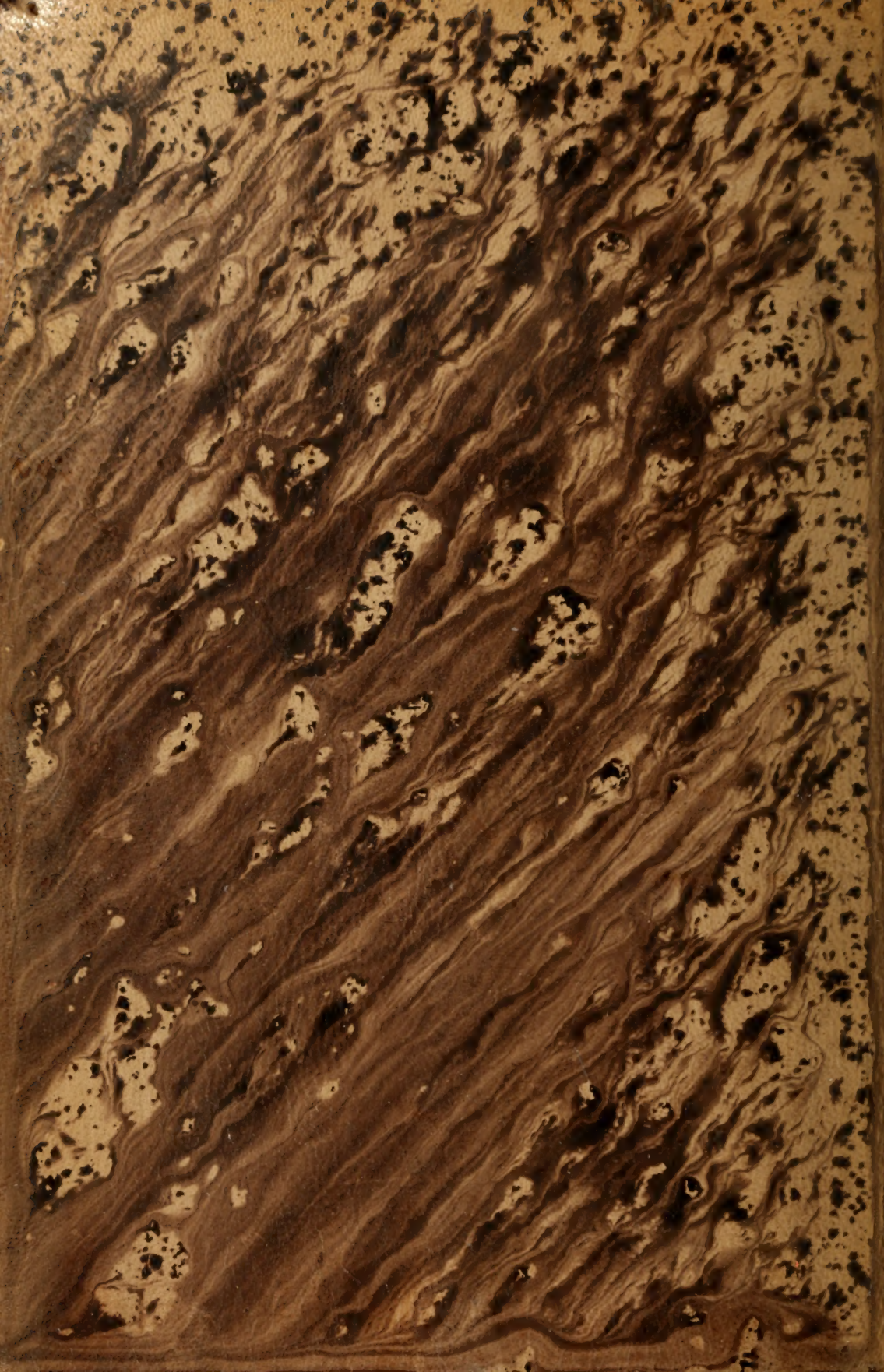
Loa del Cardenal Cisneros.

Romancero de Carlos Quinto.

Este libro se acabó de
imprimir a mediados del mes de
diciembre del año MCMXVIII en la villa
y corte de Madrid por los
Hijos de G. Fuentenebro.

Ls.
B2714r
162434
Author Barreda, Luis
Title Romancero de Carlos Quinto.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU